



Revista de Ciencias Humanísticas y
Sociales (ReHuso)
E-ISSN: 2550-6587
rehuso@utm.edu.ec
Universidad Técnica de Manabí
Ecuador

Moreira Vera, Diana Victoria
EL AMOR: DESDE EL ACCUMBENS HASTA BORGES
Revista de Ciencias Humanísticas y Sociales (ReHuso), vol. 2, núm. 2, mayo-agosto,
2017, pp. 124-139
Universidad Técnica de Manabí

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=673171015008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](https://www.redalyc.org)

EL AMOR: DESDE EL ACCUMBENS HASTA BORGES

AUTORES: Diana Victoria Moreira Vera¹

DIRECCIÓN PARA CORRESPONDENCIA: divimv22@gmail.com

Fecha de recepción: 20/05/2017

Fecha de aceptación: 30/06/2017

Resumen

El leitmotiv que ha llevado al hombre desde la destrucción de Troya, hasta la redacción del Cantar de los Cantares, le ha valido también a la humanidad como excusa funcional para la perpetuación de su especie. El amor, bálsamo evolutivo, se presenta aquí en virtud de su análisis de una manera holística, revisando sus fundamentos biológicos y las diversas definiciones que ha adquirido a lo largo de las épocas en las variadas mentes de la literatura universal con el fin de responder a la pregunta que todo ser, alguna vez, se ha planteado: ¿Puede nacer y morir el amor?

Palabras clave: amor, literatura, cerebro, accumbens, dopamina.

THE LOVE: FROM THE ACCUMBENS UNTIL BORGES

Abstract

The leitmotiv that has taken man from the destruction of Troy until the writing of the Songs of Songs, has also been useful for humanity as a functional excuse for the perpetuation of its species. Love, evolutionary balm, is presented here under its analysis in a holistic way, reviewing its biological foundations and the various definitions which has acquired over the ages in the different minds of world literature to answer to the question every human being has asked once in his life: Can love birth and die?

Keywords: love, literature, brain, accumbens, dopamine.

¹ Universidad Técnica de Manabí (UTM).



Introducción

De acuerdo con la Real Academia de la Lengua Española (2015), el amor podría definirse bien como 1) un sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser; o 2) esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella.

El presente trabajo reúne las diversas manifestaciones de amor a través de la historia, desde el campo literario hasta el científico, con lo que en la actualidad se conoce sobre la neurobiología del amor y su función en el comportamiento humano.

Para esto, se utilizó el método histórico-lógico, llevando la secuencia cronológica de autores y publicaciones, con las diversas definiciones y conceptos que ha adquirido a través del tiempo y las culturas.

1. METODOLOGÍA

Para la presente revisión, se utilizó el método histórico lógico, comprendiendo una secuencia de fuentes documentadas desde la prehistoria hasta la actualidad sobre el tema del amor, sus variados conceptos e interpretaciones de acuerdo a la cultura y épocas a lo largo del tiempo.

Las fuentes fueron obtenidas principalmente de los libros de texto, artículos científicos y publicaciones validadas en cuanto a su información.

2. DESARROLLO

2.1. Hacia la búsqueda de definiciones

Según la cultura náhuatl, apapachar viene del vocablo común *papachoa* o *papatzoa* que quiere decir “ablandar algo con los dedos” o “dar cariño”, lo que para la clase culta de los aztecas se convirtió en “acariciar con el alma”.

Ya con las culturas precolombinas, el amor era un lazo permanente en la raza humana. Desde el hallazgo del cuerpo de una pequeña con malformaciones, lo que conlleva a pensar que, a pesar de su debilidad, fue cuidada y protegida, amada por su familia, hasta el descubrimiento de dos amantes enterrados bajo seis pesadas piedras. Sobre el segundo caso, se habla de los Amantes de Sumpa, que se hallan en el cementerio paleoindio más antiguo del Ecuador, en Santa Elena, y, uno de los primeros de América, 7.000 a.C., representando una de las más antiguas manifestaciones de amor que conozca la humanidad. El hombre con su mano en la

cintura de la amada y su pierna sobre la de ella y a su vez, la cabeza de la mujer resguardada bajo su pecho.

Sin embargo, debo citar a Fedro y decir: "¿No es cosa extraña, que de tantos poetas que han hecho himnos y cánticos en honor de la mayor parte de los dioses, ninguno haya hecho el elogio del Amor que sin embargo, es un gran dios?" (Platón, 1965, p. 304)

Platón, 380 a.C., quizá se haya adelantado con El Simposio o El Banquete como se lo conoce, al ofrecer un delicioso análisis de las mentes de sus contemporáneos, formando así el ideal del amor platónico. De esta manera, tenemos a Sócrates que, repitiendo las enseñanzas de Diotima, nos dice:

Uno desea lo que no tiene. El amor es el amor de la belleza, luego el amor no puede ser bello. Y como lo bello es bueno, tampoco puede ser bueno. Como todos los dioses son bellos y buenos, Eros no puede ser un dios, pero tampoco es humano. Es un demonio. [...] Como la sabiduría es bella, ama la sabiduría, por tanto es filósofo. El amor consiste en querer poseer siempre lo bueno. El objeto del amor es la producción y generación de la belleza. Y también la inmortalidad es su objeto. [...] además, debe considerar la belleza del alma como más importante que la belleza del cuerpo. (p. 293)

Para los griegos, el amor no era asunto de una sola instancia. No, para ellos se trataba de una manifestación de cuatro ramas diferentes: *Eros*, *storge*, *philia* y *ágape*.

Eros, bien definido como el hijo de Afrodita, corresponde al amor pasional, al rápido enamoramiento que se nutre del sentimiento vivo de adrenalina, éxtasis y la atracción. Por lo cual, no dura mucho y es aquí, cuando aparece *Philia*, el amor de hermandad o amigos, la tranquilidad cuya base es el aprecio de la personalidad, el intelecto y el respeto al otro. Un amor leal.

Luego, tenían a *Storge* que indicaba el cariño y compromiso que se desarrolla en los amigos íntimos y los familiares, donde el amor nace naturalmente, con el tiempo y el conocimiento del otro, siendo *Ágape*, "el amor que enciende", cuyo amor es el que todo lo da, propio de los santos, desinteresado, noble, altruista y compasivo.

De acuerdo con la Mitología Romana—que a grandes rasgos tiene sus raíces en la griega—el amor tuvo un sitial más pasional, más de misterio y de traición, como podemos observar en los relatos de las múltiples infidelidades de Júpiter (Zeus) a Juno (Hera). O bien, el amor de Psique y Cupido (Eros) que vale mencionar

(Koppen, 2012), al ser uno de los pocos relatos mitológicos con final feliz y triunfo ante la adversidad.

Cuenta la leyenda que Psique, hija del rey de Anatolia, era gratamente admirada por su belleza, a tal punto que le rendían mayor homenaje a ella que a Afrodita; por tal razón, la diosa, envió a su hijo Cupido para que le lanzase una flecha que la hiciera amar al hombre más feo del mundo, como venganza. No obstante, el joven dios, se enamoró perdidamente de ella y sin decirle quien era, la tomó como esposa en la oscuridad de una cueva dentro de su palacio, a la que acudía sólo al anochecer, con la única regla de que nunca encendiera la luz y le viera la cara, para prevenir la ira de su madre. Ante la persuasión de sus envidiosas hermanas, Psique desobedeció a su amante, por lo cual el joven Eros la abandonó. Afrodita, aprovechando aquello, se vengó de Psique al punto de enviarla al Inframundo con Perséfone, donde fue rescatada por Cupido y finalmente, con la aprobación de Zeus, fueron aceptados en el Olimpo, con la posterior transformación de Psique a diosa inmortal.

"En el principio, creó Dios el cielo y la tierra" (Génesis 1:1 Reina Valera Gómez). Así comienza la historia del mundo, de acuerdo con las religiones abrahámicas y quizás, desde aquel momento, queda marcada, una de las más recordadas y, hasta el día de hoy, más fuertes, manifestación de amor: un ser omnípotente, omniscierto, omnisciente, decide que no quiere estar solo y que, a su imagen y semejanza, se dedica a crear seres que lo acompañen en su eternidad y sean felices en su obediencia.

La Biblia contiene diversas manifestaciones de amor, desde el romántico como contemplamos con Jacob hasta el sublime y altruista, revolucionario que hallamos con Jesús, "Ámense los unos a los otros como yo los amé" (Juan 13: 34 Palabra de Dios para todos).

Cuando Jacob, hijo de Isaac, fue a Harán, huyendo de su hermano Esaú, a quien había robado su bendición de primogénito, terminó por enamorarse de Raquel, su prima "Cuando Jacob vio a Raquel, se acercó y removió la piedra de la boca del pozo y dio de beber al rebaño, luego besó a Raquel y, sin más, se echó a llorar." (Génesis 29:10,11 Reina Valera Contemporánea)

Por quien, a cambio, serviría a Labán, su tío, "Jacob se enamoró de Raquel y dijo: Por Raquel, tu hija menor, yo te serviré siete años" (Génesis 29:18 Reina Valera Contemporánea) lo cual hizo con placer y sin queja "Así fue como Jacob trabajó siete años por Raquel; pero la parecieron unos cuantos días, porque la amaba." (Génesis 29:20 Reina Valera Contemporánea)

Sin embargo, al ser la hija menor, Labán le concedió primero a Lea, su hija mayor, lo que significó un golpe terrible para él, pero que, por la fuerza de su sentimiento y convicción, soportó hasta que, finalmente, consiguió a la mujer que amaba "Y Jacob se unió también a Raquel y la amó mucho más que a Lea; y trabajó para Labán siete años más" (Génesis 29:30 Reina Valera Contemporánea)

A su vez, tenemos a Salomón, con el que es recordado hasta el día de hoy, Cantar de los Cantares (Cantares 8:6,7 La Biblia de las Américas), donde presenciamos la entrega de dos amantes que aunque son separados, encuentran su camino de vuelta el uno al otro:

Ponme como sello sobre tu corazón,
Como sello sobre tu brazo,
Porque fuerte como la muerte es el amor,
Inexorables como el Seol, los celos;
Sus destellos, destellos de fuego,
La llama misma del Señor.

Las muchas aguas no pueden extinguir el amor,
Ni los ríos lo anegarán;
Si el hombre diera todos los bienes de su casa por amor,
De cierto lo menospreciarían.

Y, claro está, el clímax profético del amor de Dios por su pueblo: la entrega al mundo de su primogénito y la aceptación del mismo, Jesucristo, de inmolarse por la humanidad y para mayor gloria de su Padre, para la reconciliación con aquella creación que le había dado la espalda "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16 La Biblia de las Américas)

No obstante, no es sólo en la religión judeo-cristiana donde presenciamos este sentimiento. En la creencia maya-quiché, de la que conocemos gracias al Popol Vuh (2012), que data de 1557, aproximadamente, observamos también la manifestación de amor de

seres superiores hacia una necesidad de afecto y admiración por su creación:

Entonces llegó aquí la palabra, vinieron juntos *Tepeu* y *Gucumatz*, en la oscuridad, en la noche y hablaron entre sí *Tepeu* y *Gucumatz*. Hablaron entre sí, se consultaron y meditaron: se pusieron de acuerdo y aunaron sus palabras y sus pensamientos. Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban que, al amanecer y con la aurora, debía aparecer el hombre. (p. 27, 28)

Lo que es más, de acuerdo con la visión del mundo de los mayas, este debía crearse y destruirse en ciclos para que pudiera existir como tal. En una de estas creaciones, los dioses *Tepeu* y *Gucumatz*, deciden acabar con el hombre de madera que habían desarrollado, sólo porque no tenían la capacidad de amar, sino solo de procrear y esto, ya en estas tribus, era considerado un error:

Ellos existieron y se multiplicaron; tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de madera, pero no tenían corazón, ni entendimiento, ni se acordaban de su Creador, de su Formador; caminaban sin rumbo y andaban a cuatro pies. Ya no se acordaban del Corazón del Cielo y por eso, cayeron en desgracia: eran sólo un ensayo, una tentativa de hombres (p. 35).

Repasando, al igual que la Biblia, numerosos sacrificios por amor, ya sea por su dios o por su pueblo, como el de Ixquic que, siendo virgen, acepta llevar la descendencia de Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú, mediante un salivazo en su mano, a pesar que aquello le conlleva al abandono de su padre que la entrega a los seres infernales:

No podéis matarme, ¡mensajeros de Xibalbá!, porque no es una deshonra lo que llevo en mi vientre, sino el fruto que he concebido cuando fui admirar la cabeza de Hunahpú en *Pucbal-Chah*. Así, pues, no me sacrificaréis, ¡mensajeros de Xibalbá! (p. 75)

A lo largo de la historia podemos objetivar como cada cultura del mundo, en determinado tiempo expresó lo que para ellos significaba el amor, o el sitio que ocupaba en su sociedad.

Para Dante Alighieri, el amor representó el impulso que lo llevó a escribir su *Vita Nuova*, 1293 y su célebre *Commedia*, 1321, además, claro está, de ser el agente de cambio de su estilo de vida bohemio, hacia uno más recatado, entregado a la pureza y la reflexión, por lo cual, una vez Beatriz, su musa, muere a los veintitrés años de edad, éste contrae matrimonio al año con Gemma

Donatil y desarrolla su *dolce stil nuovo* como un nuevo estilo literario y poético en la Italia florentina de donde venía, por inspiración y en honor a Beatriz. Sin embargo, muy al contrario de lo que gran parte del mundo cree, el poeta italiano no fue correspondido en su excesivo amor, sino más bien, totalmente inhibido.

Alighieri conoció a Beatriz Portinari a los nueve años de edad y, perdidamente, de acuerdo a algunos autores pues no todos concuerdan (Scott, 2004) (Mazzotta, 1976), se enamoró de ella. Por su parte, la dulce, la inocente Bice –el cual es el verdadero nombre de la musa– pareció no sentir el más mínimo ápice de reciprocidad hacia él. Prueba de esto que, varios años después, cuando Dante la volvió a ver, ¡ay, pobre!, ella le negó el saludo por estar cortejando a otra dama, según las murmuraciones del pueblo, por lo cual no era merecedor de su atención y no siendo suficiente su desdén, terminó por burlarse del triste acto frente a sus amistades en una fiesta común; casándose así a los veinte años de edad con el banquero Simone dei Bardi.

¿Podríamos ser capaces de llamar a eso amor? La gente idealiza a Bice Portinari, porque el Poeta la volvió un hito del anhelo más puro, ¡la puso al nivel más alto del cielo, junto al Creador! Sin embargo, no es a Bice a quien Dante eleva, sino a Beatriz y Beatriz es un símbolo. Es la teología, lo divino, la búsqueda de Dios, la elevación de los sentidos, la redención de su vida de pecados.

Dante le da este nombre a ella, olvidándose del real, porque en latín significa “la bienaventurada, la bendita”, y podemos entrever un atisbo de esa acepción que él le otorga en su *Vita Nuova*, cuando al encontrarla, se dice a sí mismo: “Aquí aparece tu bendición” (Alighieri, 1997), o cuando continúa y teme, al escribir: “He aquí un Dios más fuerte que yo, el cual vieniendo me dominará”, al conocerla por primera vez, donde a percepciones ambivalentes podemos pensar en que 1) se reconoce enamorado hasta la médula o 2) se sabe humano ante lo divino.

Durante el Renacimiento, siglo XV y XVI, el amor renace junto con la cultura. La vuelta del hombre a sus bases occidentales, como lo fue la Antigua Grecia, permitió cambiar la vista teocéntrica de la Edad Media hacia una antropocéntrica, con figuras como Leonardo DaVinci, Miguel Ángel y Rafael. Todos ellos movidos por el anhelo incesante de la perfección, del amor inalcanzable a la Belleza. Miguel Ángel, especial seguidor de las lecturas platónicas, trató de interiorizar dentro de sí las teorías neoplatónicas sobre el amor, de manera que vivió y realizó su

obra ante la máxima entrega a la Belleza y alcance de sublimación, lo que, lastimosamente, le ocasionó serios conflictos internos en busca de un equilibrio emocional pero que, a cambio, entregó al mundo sentidas creaciones maestras nacidas de la pureza de su sacrificio.

Después, con William Shakespeare, encontramos el amor en una diferente expresión, a la realidad frente a nosotros, pues con sus obras, el dramaturgo y poeta inglés inmisiúna a su público a aquello de lo que todos rehuían: su propia verdad, actuando como un espejo inmisericorde de la humanidad y con sus comportamientos más básicos que, hasta el día de hoy, nos representan. Así, observamos el amor en todas sus obras, no sólo en Romeo y Julieta, aunque sea el más conocido.

En Macbeth, por ejemplo, se presiente la pérdida de todo sentimiento humano ante la muerte de la Reina, Lady Macbeth, a quien adoraba pero que, lamentablemente, por los pecados que los unieron, terminan por acabar con cualquier emoción o muestra de alma que antes poseyera:

Debiera haber retrasado su muerte: habría tenido yo tiempo que dedicar a tamaña desventura. El mañana y el mañana y el mañana se deslizan de día en día hasta que nos llega el último instante: y todos nuestros ayeres no han sido otra cosa sino bufones que han facilitado el paso a la polvorienta muerte. ¡Apágate, apágate, luz fugaz! La vida no es más que una sombra que pasa, desmedrado histrión que se ensorbece y se impaciente el tiempo que le toca estar en el tablado y de quien luego nada se sabe: es un cuento que dice un idiota, lleno de ruido y de arrebato, pero falto de toda significación. (p.179)

En La Tempestad, 1611, por su contraparte, la historia no es tragedia y, al ser probablemente la última obra escrita por Shakespeare, su final es bastante conmovedor y sentido. Un adiós mágico para sus lectores. Aquí, presenciamos el perdón ante la venganza y la dulzura del amor, especialmente por la inocente Miranda quien al defender a Fernando, hijo del hombre que traicionó a su padre, asegura "El mal no puede residir en este templo. Si el maligno viviera en casa tan hermosa, el bien lo expulsaría". (p.50)

Para los románticos, siglo XVIII, por su parte, el amor significaba una rotura con la rigidez y simetría del clasismo, con la oscuridad medieval y el seguimiento de reglas de belleza establecidas, representando así la liberación del yo, la reivindicación de los sentimientos sobre la corticalidad y el raciocinio, atado a su vez a un intrínseco anhelo por lo

misterioso, indescifrable e inefable, con una profunda nostalgia por lo perdido. De sus exponentes en el campo literario, hemos de reconocer después de Goethe, a Edgar Allan Poe, del cual en Lenore (1843) podemos sentir las características del amor en su obra: la muerte, la pérdida, la añoranza y el arrepentimiento:

¡Oh! ¡La copa de oro está rota!
¡El espíritu ha huido para siempre!
¡Que suenen las campanas! Un alma
Santa flota sobre el río Estigia,
Y tú, Guy de Vere, ¿no tienes lágrimas?
¡Llora ahora o nunca más!
¡Mira! ¡Encima de esta rígida y lúgubre
Carroza, duerme tu amor!

Friedrich Nietzsche (2008), por su parte, después del repetitivo rechazo que padeció por Lou von Salomé, a quien había admirado y amado locamente, escribe para superar su dolor y quitarla de su mente, lo que sería su obra máxima y define al amor como una aceptación de su propia ternura, de su debilidad y necesidad de afecto, como declara en Así habló Zarathustra: "Sin duda soy yo un bosque y una noche de árboles oscuros: sin embargo, quien no tenga miedo de mi oscuridad encontrará también taludes de rosas debajo de mis cipreses." (p. 112)

En Ecuador, Dolores Veintimilla de Galindo y Carrión (1908), lo define como la incontrolable pérdida de su ser, a tal punto que advierte, ya en uno de sus poemas, Quejas, que, de no olvidar a su esposo, traidor, acabaría con su vida:

No es mío ya su amor, que a otra prefiere;
Sus caricias son frías como el hielo.
Es mentira su fe, finge desvelo...
Mas no me engañará con su ficción...
¡Y amarle pude, delirante, loca!
¡No! Mi altivez no sufre su maltrato;

Y si a olvidar no alcanzas al ingrato,
¡Te arrancaré del pecho, corazón!

Para Simone de Beauvoir (1949), pareja de Jean-Paul Sartre, fiel defensora y una de las máximas exponentes del feminismo, el amor era libertad y conciencia: "El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal".

Así, tenemos a Benedetti (1960), en La Tregua, quien nos introduce en su estilo maravillosamente simple y nos afirma que Eros humano debe ser cotidianidad: "Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor." (p. 131)

Leo Buscaglia (1982), a su vez, cita a Saint-Exupéry (1943) y nos da también su opinión, conceptualizándolo como el dulce retorno a la verdadera naturaleza de nuestro ser: "Tal vez el amor sea el proceso por el cual yo te conduzca delicadamente de regreso a ti mismo."

Para Gabriel Marcel (1988), por otro lado, era una esperanza de la inmortalidad "Amar a alguien es decirle: Tú no morirás jamás", lo que Isabel Allende (1989) en su célebre Evaluna, lo escribe como si de un axioma se tratase: "La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme, siempre estaré contigo." (p.12)

Uno no deshoja margaritas de pequeño porque sí, a uno le acostumbran a pensar que es posible que alguien que una vez dijo quererte, no lo haga más, es decir, ya siendo crías se nos instala el *meme* de que el amor sí puede acabar. Ahora bien, para poder decir que delimitado asunto llega a su fin, habría que aclarar desde el inicio, ¿qué es el amor hoy, en la modernidad de nuestros pasos?

En Sólo Química (Albacete, 2015), película española, uno de los coprotagonistas, Carlos, un psicólogo que no cree en el romance, nos lo define apenas sale la música de fondo: "Como todo el mundo sabe, el amor no existe, es solo un efecto químico que genera nuestro cerebro haciéndonos confundir la realidad. Es sólo química."

Un poco lógico si tenemos en cuenta lo que dura una relación promedio hoy en día o la tasa elevada de separaciones que se registra anualmente, observándose en el Ecuador, entre el 2005 al 2015, un aumento en el número de divorcios del 119,1% (Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2016).

Quizá debimos escuchar con más conciencia a Sabina (2002) cuando nos decía que “no sabía que la primavera duraba un segundo”.

Sin embargo, si nos fijamos en la literatura, aquel concepto del amor se nos pone entredicho.

En términos biológicos, la sensación de enamoramiento puede durar lo que dura la segregación de dopamina por el núcleo accumbens, de seis a ocho meses—o en casos esperanzadores— de dos a dos años y medio, quizás más, con su liberación concomitante de serotonina, oxitocina, estrógenos y testosterona (Brizendine, 2008). La persona vive el período de ilusión, de engaño, de dulce farsa, de observar *la vie en rose*. Luego se acaba y el individuo despierta, de repente mira al otro y se pregunta: “¿Por qué estoy aquí, a dónde voy?” Piensa lo terrible y sufre: “No soy feliz”. Entonces aparecen los engaños, los divorcios, las peleas, no en ese mismo orden, claro está, pero aparecen y a la suma total, ya los infelices no son solo dos, sino cuatro, sino dieciséis. Exponencialmente desdichados.

En este sentido, se podría decir que esa sensación loca y apresurada que se vive al comienzo de una relación, sí acabaría, sin embargo, eso sería referirse a una sola cara de la moneda.

De acuerdo con Darwin, 1859, el hombre es un ser cambiante, que se adapta para sobrevivir (Acarín Tusell, 2008). En sus genes está integrado el sistema de cortejo que le permitió al hombre primitivo encontrar una hembra que lo aceptara como individuo y perpetuar la especie para el triunfo colectivo, pues es parte de su evolución. Eso se comprende, pero más allá de la dopamina y su período “elevado”, tenemos a Louann Brizendine, que nos aclara que, después de aquella emoción e ilusión, aparece el proceso de “adhesión”:

Desde una perspectiva práctica, el viraje desde el amor apasionado a un pacífico lazo de pareja tiene una explicación sensata. En definitiva, el cuidado de los niños sería casi imposible si los dos continuasen centrándose exclusivamente en el otro. El descenso del extremado entusiasmo amoroso y la intensidad sexual parece hecho a la medida para promocionar la supervivencia de nuestros genes. No es un signo de enfriamiento del amor, sino de su evolución hacia una fase nueva, más

sostenible a largo plazo, con vínculos creados por dos neurohormonas: la vasopresina y la oxitocina. (p. 109)

Sin embargo, ¿qué es lo que nos hace “elegir” a una persona sobre las otras?

Según Nozick (1974), el amor es una interesante instancia de otra relación que es histórica, en eso (como la justicia) depende sobre lo que realmente ocurrió. Un adulto puede llegar a amar a otra persona por sus características, pero es la otra persona y no las características, lo que es amado. El amor no es transferible a otra persona con las mismas características, incluso cuando las “supere”. Y el amor perdura a través de los cambios de las características que le dieron impulso. Uno ama a la persona en particular que uno encontró. Sobre por qué el amor es histórico, uniendo a personas de esta manera y no a las características, es una interesante y misteriosa pregunta.

Para matizar la situación tenemos a Bernard Fougères (2016), quien en una de sus tantas entrevistas nos decía que en el amor había que poner los pies en la tierra y reconocer que era aquél diario vivir, la enfermedad y la salud, ese pasar de los años y que el resto, el resto es pura literatura.

Es decir que, como diría Flichtentrei (2017) “es posible que *amar* pertenezca a esa clase de términos que huyen de la definición”. Hasta hora, el amor se pinta como un mero conjunto de reacciones químicas, como también lo son el sueño y las emociones.

Me animo, sin ofensa a los poetas y literatos, a concordar con Fougères. Tal vez el amor, sin quitarle lo poético, lo bello, sea en su máxima expresión –en su cotidianidad– una decisión. De esta manera, el amor no sería solo el resultado de una serie de reacciones químicas fuera del control del ser humano, sino también un proceso consciente de toma de decisiones por parte del mismo.

No obstante, ¿quién puede quitarle lo literato al diario ser y estar, a ese deambular errante por el universo?

Literariamente hablando, tampoco es algo efímero, no es algo fugaz, como la pasión que impulsaba a Lord Byron a crear poesía con facilidad para conquistar, o como Borges (2012) nos cuenta en uno de los tantos relatos de *El Aleph*, para satisfacer el capricho: “Hay quien busca el amor de una mujer para olvidarse de ella, para no pensar más en ella.” (p. 44)

Es decir que, para buena parte de los autores involucrados en el impaciente mundo del papel, el amor también debe ser la decisión más fina y noble del mundo.

Ante ojos reflexivos, si se ha elegido a alguien, al menos en la plena voluntad y facultades corticales, la elección ha sido para futuro, con sus utilidades y limitaciones. Lo que llamariamos fidelidad y lealtad, donde no se trata de aguantar el infierno, o gozar solo del cielo, sino de aceptar que el amor es la tierra, donde se encuentran ambos.

¿Pero qué sucede con las mujeres, las deprimidas en su hogar, porque están con alguien que no las quiere, que las maltrata, que las ve como un objeto y no como si fueran algo mágico y único en el mundo?

De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (2016), una de cada tres mujeres, lo que conlleva al 35% de ellas en el mundo, han sufrido violencia física, psicológica y/o sexual.

Soportar todo abuso no puede ser amor. Eso es una prisión, un dolor, un sin razón en medio de la nada. Pablo en Corintios nos dice que "...el amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1Cor. 13:7 Nueva Versión Internacional) y se puede creer firmemente en eso, porque se debe comprender que aquello que ellas viven jamás podría definirse como amor.

Las mujeres soportan todo por los prejuicios sociales –los mismos que las hacen permanecer viudas durante su vida, o casadas en un infierno de violencia– o por sus hijos, y, esta última razón se levanta como el más noble de los sacrificios, el verdadero amor en toda la cuestión. Por darles un hogar a ellos, renuncian a la felicidad. Sin duda alguna Silvio Rodríguez (1978) tenía razón y, "la cobardía es asunto de hombres, no de los amantes".

De esta manera, el amor al ser una decisión se establecería como un compromiso–no un contrato–donde se respetaría al otro porque se le ha elegido. Probablemente Cortázar (2015) no concordaría con esto y nos refutaría que a Beatriz no se la elige, ni a Julieta, que el amor es eso que te cala profundo sin que te des cuenta; sin embargo, en su defensa, él no sabía lo que hoy se sabe del amor y su neurobiología.

3. CONCLUSIÓN

Al final, se puede hablar en demasía sobre el ángel alado hijo de Venus, sobre el romance y los diversos significados que ha adquirido desde el inicio de la humanidad como ente social y

cultural. No obstante, con base a los descubrimientos actuales y a los pensamientos de diversos personajes tanto de la literatura como del séptimo arte, el amor es un proceso subcortical, del que no estamos en un inicio conscientes a dominar pero que termina siendo corticalizado— ¡capacidades cognitivas superiores!—, de tal manera que no acabaría porque sí. Acabaría el interés insano y obsesivo que se vive en un inicio con la pareja, pero si existe un compromiso, un respeto al otro, un cariño—reemplazando ahora la liberación de dopamina por la de oxitocina—la relación amorosa no tiene porqué concluir.

A fin de cuentas, el cuerpo se enferma, sí, pero con cuidados y prevenciones, las razones para morir están de más.

Ante esta visión un poco desesperanzadora y quizá, cínica sobre el amor, se podría deducir que no habría gracia en el vivir con ilusión ni de gozarse con la experiencia de la atracción, mas no se trata de deshacernos de los escritos de Shakespeare, de quemar los poemas de Neruda o insultar a los cuentos de hadas mientras se maldice a Darwin y la evolución.

Después de tanta verborrea escrita, se debe comprender que el amor en resumen es felicidad. Felicidad y lealtad. No haciendo alusión a la eterna e irreal emoción, sino más bien a esos minúsculos momentos del diario andar que se pintan cotidianos y ordinarios en nuestra vida y son, en realidad, tan relevantes a lo largo del tiempo, puesto que, en cualquier rama del mundo se lo puede presenciar, no sólo el amor de Eros, sino también el amor filial, el amor humano, filantrópico, que mueve a ser mejor.

Esta mágica y discutida palabra toma conciencia de su existencia y tal vez, si quitamos las mariposas artificialmente sentidas en el estómago, el condicionamiento social de la mujer y del hombre —la víctima y el rescatador, o bien, la bestia— podremos observar la magnitud de su significado. Arrancarlo de los sinónimos de sufrimiento y aguante masoquista y colocarlo como equivalente de decisión, una vez que la segregación de hormonas y neurotransmisores ha disminuido. Podríamos decir que entonces, comienza el amor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acarín Tusell, N. (2008). *El Cerebro del Rey*. La Habana: Editorial Científico-Técnica.
- Albacete, A. (Dirección). (2015). *Sólo Química* [Película].
- Alighieri, D. (1997). *Vida nueva*. Madrid: Alianza Editorial.

- Allende, I. (1989). *Evaluna*. En I. Allende. Madrid: Ediciones La Cueva.
- Andreas-Salomé, L. (2005). *Friedrich Nietzsche en sus obras*. Barcelona: Minúscula.
- Anónimo. (2012). *Popol Vuh*. Madrid: Ediciones escolares.
- Benedetti, M. (1960). 3 de febrero. En M. Benedetti, *La Tregua* (pág. 131). Montevideo: Le Libros.
- Blázquez, F. (1988). *La filosofía de Gabriel Marcel: De la dialéctica a la invocación*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Borges, J. L. (2012). Los teólogos. En J. L. Borges, *El Aleph* (pág. 44). Buenos Aires: DeBolsillo.
- Brizendine, L. (2008). *El cerebro femenino*. Barcelona: RBA Libros.
- Buscaglia, L. (1982). *Vivir, amar y aprender*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Cortázar, J. (2015). *Rayuela*. Madrid: Edimat Libros S.A.
- Flichtentrei, D. (2017). Un gato para San Valentín. Buenos Aires: Intramedic.
- Fougeres, B. (7 de Abril de 2016). Take it easy. *El Universo*.
- Galeano, E. (2011). *Los hijos de los días*. Montevideo: Siglo XXI Editores.
- Grau, C. (2010). Love and History. Tennessee: Wiley Online Library.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2016). *Anuario de Estadísticas Vitales: Matrimonios y Divorcios*. Quito.
- Koppen, A. (2012). Eros y Psique. En *Cien Grandes Historias de la Mitología* (págs. 72-73). Madrid: Edimat Libros.
- Lee, H. (2015). *Matar a un ruiñor*. Nashville: HarperCollins Español.
- Mazzotta, G. (1976). *Dante, Poet of the Desert: History and Allegory in the Divine Comedy*. Princeton: Princeton University Press.

- Nietzsche, F. (2008). La canción del baile. En F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra* (pág. 122). Valladolid: Editorial MAXTOR.
- Nozick, R. (1974). *Anarchy, State, and Utopia*. New York: Basic Books, Inc.
- Organización Mundial de la Salud. (2016). *Violencia contra la mujer*. Centro de prensa OMS.
- Platón. (1965). *El banquete*. Madrid: Ediciones LEA.
- Rodríguez, S. (1978). Óleo de mujer con sombrero [Grabado por S. Rodríguez]. La Habana, Cuba.
- Sabina, J. (2002). La canción más hermosa del mundo [Grabado por J. Sabina]. España.
- Saint-Exupéry, A. (1943). *El principito*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Scott, J. A. (2004). Understanding Dante. Indiana: Notre Dame University Press.
- Shakespeare, W. (2001). *La Tempestad*. Barcelona: Norma.
- Shakespeare, W. (2002). *Macbeth*. Barcelona: Sol 90.

<p>Citación/como citar este artículo: Moreira, D. (2017). El amor: desde el Accumbens hasta Borges. <i>Rehuso</i>, 2(2), 124-139. Recuperado de: https://revistas.utm.edu.ec/index.php/Rehuso/article/view/848/736</p>
--